

IV. RESEÑAS

Giorgio Agamben. Traducción de Edgardo Dobry

Profanaciones

Barcelona: Anagrama, 2005. 125 páginas.

En los últimos años, el nombre de Giorgio Agamben (Roma, 1942) ha cobrado gran renombre dentro de la filosofía contemporánea, sobre todo en el marco de la filosofía política, la estética y la metafísica. Alumno de los últimos cursos dictados por Heidegger, su actividad intelectual ha recorrido diversos ámbitos en los que su pensamiento y escritura han dialogado con Foucault, Derrida, Benveniste, la poesía stilnovista y Walter Benjamin. De este último fue el traductor e introductor de sus escritos en Italia. Dentro de sus obras se destacan su inclinación al problema del lenguaje, la experiencia y la infancia, tratados en sus libros *Infancia e historia: la destrucción de la experiencia y el origen de la historia* (Adriana Hidalgo 2003) y *Estancias: la palabra y el fantasma en la cultura occidental* (Pre-textos, 1995), y la indagación y descripción de las condiciones que caracterizan las formas de dominación biopolíticas actuales, principalmente en sus libros *Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida* (Pre-textos, 1998), *Lo que queda de Auschwitz: el archivo y el testigo* (Pre-textos, 2002) y *Estado de excepción: Homo sacer II, I* (Adriana Hidalgo 2004).

Agamben, en sus textos, oscila entre la exposición sistemática –académica– de sus investigaciones y una escritura crítica que no se deja encasillar por la imposición de un sistema. En esta actitud, se muestra un claro continuador del pensamiento benjaminiano en el que la escritura, y con ella la mirada, vuelve tenazmente sobre su objeto para relativizar su monumentalización institucional y exponer las paradojas que lo constituyen. En consecuencia, *Profanaciones* resulta el gesto mismo de su ejercicio y no solo el título que organiza las prosas de este libro. Prosas limitrofes que seducen con su propio juego entre el fragmento, el ensayo y la cruda exposición del pensamiento, a través de una escritura que representa en sí misma ese espacio indecible de la profanación: esta capacidad de restituir un objeto, consignado al campo de lo sagrado, a su uso humano, transformándose –dice Agamben– en la operación en la que la esfera divina está siempre a punto de colapsarse en la humana y el hombre siempre a punto de transferirse a lo divino.

De tal manera, cada una de estas diez prosas breves se aboca a delinear los espacios en que la representación culmina exhibiendo el “carácter irreductible del gesto”, allí donde este mismo “no deja ver otra cosa que su dejarse ver”. El genio, la infancia, la fotografía, la imagen, el deseo, la magia, el olvido, la parodia, la ficción y la sobreexposición pornográfica se revelan diversos haces de un prisma donde la experiencia y el lenguaje llegan a su propio límite. Distintas instantáneas en las que Agamben,

o más bien su escritura, se pone en juego para abordar lo que en nuestra modernidad ha sido la insalvable división y separación del que “hace” la experiencia y de aquel que “tiene” la experiencia.

Nos damos cuenta, entonces, de que los textos trazan su propio recorrido y que su encadenamiento nos va mostrando en el residuo de la escritura y su ejercicio, la responsabilidad ante la que el Yo debe deponer sus propiedades, donde el rostro y su nombre exigen su recuerdo, y nuestros deseos e imaginaciones reclaman la configuración del gesto. Aquel mismo gesto de la profanación como espacio inapropiable para el pensamiento y el lenguaje.

Herederero de una filosofía comprometida con su crítica y responsable con su propia práctica, Agamben –en *Profanaciones*– hace de su escritura una rigurosa y aguda interrogación sobre el capitalismo, sus espectáculos y la constante captura que realiza este sobre los medios puros, construyéndose como un improfanable absoluto. Así como Benjamin señalaba que la tarea del materialista histórico era provocar la interrupción del continuo –vacío y homogéneo– del progreso moderno, Agamben, a través de estas prosas, indica los distintos modos de interrumpir los espacios consagrados al espectáculo y a la destrucción moderna de toda experiencia, advirtiendo que “la profanación de lo improfanable es el deber político de la próxima generación”.

VICENTE BERNASCHINA SCHÜRMAN
Universidad de Chile